

con tanta frecuencia se nos administra y de la cual tan poco caso hacemos, antes bien la despreciamos, la oímos con displicencia y fastidio, ¡cuántas lágrimas derramarían, cuántas mortificaciones, cuántas virtudes y buenas obras practicarían! Sí, H. M., esta palabra santa queda absolutamente perdida para aquellos pecadores que se entregan a la disipación, que carecen de toda regla de vida, cuyo espíritu y corazón se asemejan a un camino real por donde pasa todo el mundo, y no saben tan sólo en qué consiste rechazar un mal pensamiento. Un día, es un buen pensamiento o un buen deseo lo que los ocupa; otro día, será un mal pensamiento o un mal deseo; hace un momento, los oíais cantando las alabanzas al Señor en el templo; más tarde, los oiréis cantar las más infames canciones en las tabernas; aquí los veréis hablar bien de sus vecinos, allá los encontrareis entre los que destruyen su reputación; hoy prodigarán buenos consejos, mañana inducirán a otros a vengarse. A más de que, H. M., si escuchan la palabra de Dios, es solamente por costumbre y tal vez hasta con mala intención, para criticar las condiciones y disposiciones del predicador. Pero la escuchan como se escucha un cuento o una cosa muy indiferente. ¡Ay! ¿qué podrá hacer la palabra de Dios en unos corazones tan mal dispuestos, si no es endurecerlos más y más? Dios mío, ¡cuántas almas precipita en el infierno vuestra palabra santa, cuando sólo nos fué enviada para salvarnos!

Ya os he dicho, al empezar, que la palabra de Dios da siempre su fruto, bueno o malo, según nuestras disposiciones. Mirad, H. M., el estado de quien no quiere combatir sus inclinaciones, ni se preocupa de frenar las pasiones que le dominan: a medida que la palabra divina va cayendo, pasa el orgullo, y la huella con sus plantas; pasa el deseo de venganza, y la aplasta; los malos pensamientos y deseos acaban de

hundirla en el cenagal ; después de lo cual, el demonio, que reina ya en ese pobre corazón, a la primera ocasión, arrebató el resto de la impresión que en nosotros haya podido causar la palabra de Dios. Ya veis, pues, H. M., lo que, en primer lugar, nos dice el Evangelio : no sé si lo habréis comprendido bien, mas, por lo que a mí toca, estoy temblando cuando oigo a San Agustín afirmando que tan culpables somos escuchando la palabra de Dios sin un verdadero deseo de aprovecharnos, como los judíos cuando azotaron a Jesucristo y le arrollaron debajo de sus pies. ¡ Ay, H. M. ! jamás lo hubiéramos pensado que, al no querer aprovecharnos de esta santa palabra, cometíamos una especie de sacrilegio.

Sin embargo, H. M., no son ésas, positivamente, vuestras disposiciones, a lo menos las de muchos de vosotros : al oír un sermón, formamos aún saludables propósitos de cambiar de vida, y nos decimos a nosotros mismos : es preciso portarnos mejor de aquí en adelante. He aquí una cosa muy laudable ; pero sucede que en el momento en que Dios nos envía alguna prueba, presto olvidamos nuestras resoluciones y continuamos el mismo género de vida. Nos propusimos ser menos aficionados a los bienes de este mundo ; mas, el menor daño recibido, ya procuramos en seguida resarcirnos ; hablamos mal de las personas que nos ofendieron, a las que continuamos aborreciendo : su vista nos apena, y nos resistimos a prestarles servicio alguno. Pensamos que ahora, porque hemos oído, en una plática, cuán hermosa virtud sea la humildad y cuán agradables nos hace a los ojos de Dios, estamos ya decididos a practicar aquella virtud a la perfección ; mas, a la primera ocasión en que alguien nos desprecie, nos enfadamos, hablamos mal de nuestros contrarios, y si alguna vez les hicimos algún favor, se lo echamos en cara. Ya veis, H. M., lo que hacemos. Muchísimas

veces nos propusimos obrar bien, mas, en cuanto se nos presenta ocasión, ya no pensamos en ello y continuamos nuestro camino ordinario. Así transcurre nuestra pobre vida, en un flujo de propósitos y continuas caídas, de manera que siempre nos hallamos ser los mismos. ¡Ay! ¡esta simiente resulta, pues, perdida para un gran número de cristianos, y no puede servir más que para su condenación! Pero, tal vez, me diréis que en otro tiempo la palabra de Dios era más poderosa, o bien los que la anunciaban eran más elocuentes. No, H. M., la palabra de Dios tiene tanto poder ahora como en otros tiempos, y los que la anunciaban eran tan sencillos como en la actualidad. Escuchad a San Pedro en su predicación: «Atended bien, les dice este santo apóstol; el Mesías a quien hicisteis padecer, a quien hicisteis morir, ha resucitado para la felicidad de todos los que creen que la salvación viene de Él». Apenas hubo dicho esto, todos los que estaban presentes se deshicieron en lágrimas, se precipitaron dando grandes clamores diciendo: «¡Ah! gran Apóstol, ¿qué deberemos hacer para obtener el perdón?» «Hijos míos, les dijo San Pedro, si queréis que os sean perdonados vuestros pecados, haced penitencia, confesad vuestras culpas, no queráis pecar ni pequéis más, y el mismo Jesús que crucificasteis, y que resucitó, os perdonará» (1). En una sola predicación, tres mil se entregaron a Dios dejando su estado de pecadores para siempre jamás (2). En otra, cinco mil renunciaron a la idolatría para abrazar una religión que exige continuado sacrificio (3); siguieron valerosamente el camino que Jesucristo les había trazado.

¿De qué secreto se valieron, H. M., los apóstoles

(1) *Paenitemini igitur, et convertimini, ut deleantur peccata vestra* (Act., III, 10).

(2) *Ibid.*, II, 41.

(3) *Ibid.*, IV, 4.

para cambiar así la faz del mundo? Aquí lo tenéis : «¿Queréis, dijeron los apóstoles, agradar a Dios y salvar vuestra alma? Pues, el que se entrega al vicio de la impureza, renuncie a tales placeres y viva de una manera casta y agradable a Dios; el que detenta los bienes del prójimo, que se los devuelva; el que deseó mal a su hermano, que se reconcilie con él». Oíd a Santo Tomás : «De parte del mismo Jesucristo, os advierto que los hombres, después de la muerte, deberán someterse a un juicio sobre el bien o el mal que hayan hecho, y los pecadores irán a pasar su eternidad en el fuego del infierno para padecer allí sin esperanza; mas el que con fidelidad habrá observado la ley del Señor, tendrá una suerte absolutamente distinta : al salir de este mundo, entrará en el cielo para gozar de toda clase de delicias y bienandanzas.» Oíd a San Juan, el discípulo predilecto : «Hijos míos, amaos unos a otros, como Jesucristo os ha amado; sed caritativos para con los demás, como Jesucristo lo fué para con nosotros, El que sufrió y murió por nuestro bien; soportaos mutuamente las molestias; perdonaos vuestras debilidades, como El os perdona a todos» (1). Decidme : ¿podemos hallar algo más simple y sencillo? Pues bien, H. M., ¿no se os anuncian actualmente las mismas verdades? ¿No se os dice, como decía San Pedro, que Jesucristo murió por vosotros, que en todo momento está presto a perdonaros, si os arrepentís y dejáis el pecado? Y sin embargo, ¿éstas fueron las palabras que hicieron derramar tantas lágrimas y convirtieron a tantos paganos y pecadores! ¿No se os dice también, como decía San Juan Bautista, que, si poseéis bienes ajenos, debéis devolverlos a su dueño, sin cuyo requisito jamás entraréis en el reino de los cielos? ¿No se os dice, además, que si os entregáis al vicio de la impureza, os es

(1) I Joan., II-IV.

necesario abandonarlo y llevar una vida pura? ¿No se os dice aún que, si morís en pecado, iréis irremisiblemente al infierno? ¿Por qué, pues, H. M., estas palabras no producen los mismos efectos, o sea, por qué no nos convertimos al oír la palabra divina? ¡Ay, H. M. ! confesémoslo entre gemidos: ello no proviene de que la sagrada palabra tenga menos poder que en otro tiempo, sino de que esta divina semilla cae en corazones endurecidos e impenitentes, y, apenas caída allí, el demonio la sofoca. Como esta divina palabra no habla más que de sacrificios, de mortificaciones, de desprendimiento del mundo y de sí mismo, y como, por nuestra parte, nos resistimos a practicar todo esto, permanecemos en el pecado, en él perseveramos y en él morimos. Habéis de convenir conmigo en que precisa estar muy endurecido para vivir en pecado, sabiendo muy bien que, si llegamos a morir en tal estado, no tenemos más que el infierno por herencia. Constantemente se nos avisa, y a pesar de ello continuamos siendo pecadores, aguardamos la muerte con tranquilidad, aunque sepamos con certeza que nuestra suerte no puede ser más que la de un réprobo. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán triste es la situación de un pecador sin fe!

III. — Pero, me diréis, qué debe sacarse para provecho de la palabra de Dios, a fin de que ella nos ayude a convertirnos? Mirad, H. M., lo que conviene hacer: no tenéis más que observar la conducta de aquella muchedumbre que iba a escuchar a Jesucristo; aquella gente acudía desde muy lejos, con un sincero deseo de poner en práctica todo cuanto Jesucristo le mandase; abandonaban aquellas gentes todas las cosas temporales, ya no pensaban en las necesidades del cuerpo, muy persuadidos de que aquel que iba a alimentar su alma, no abandonaría tampoco su cuerpo; estaban mucho más impacientes por los bienes del cielo que

por los de la tierra; lo olvidaban todo para no pensar más que en practicar lo que Jesucristo les decía (1). Miradles escuchando a Jesucristo o a los apóstoles: sus ojos y sus corazones están como absorbidos por la palabra del Maestro; las mujeres no piensan en sus ocupaciones domésticas; el mercader pierde de vista su comercio; el labrador olvida sus tierras; las jóvenes huellan debajo de sus pies sus adornos elegantes; todos escuchan con gran avidez y hacen cuanto les es posible para grabar bien aquellas palabras en su corazón. Los hombres más sensuales aborrecen sus infames placeres para no pensar más que en mortificar su cuerpo; la santa palabra de Dios es su única ocupación; en ella piensan, sobre ella meditan, se complacen en hablar y en oír hablar de ella. Pues bien, H. M., mirad si en las ocasiones que escucháis la palabra de Dios, estáis adornados de las mismas disposiciones con que aquella gente la recibía. H. M., ¿venís a escuchar esta santa palabra con diligencia, con alegría, con verdadero desco de aprovecharos? Mientras estáis aquí, ¿dejáis en olvido todos vuestros negocios temporales, para no pensar más que en las necesidades de vuestra alma? Antes de oír esta palabra santa, ¿habéis pedido a Dios la gracia de comprenderla bien, y de grabarla indeleblemente en vuestros corazones? ¿Habéis mirado este momento como el más feliz de vuestra vida en razón de que el mismo Jesucristo nos dice que su palabra es preferible a la sagrada comunión? (1). ¿Habéis estado siempre dispuestos a practicar todo lo que ella os ordene? ¿La habéis oído con atención, con respeto, no como la palabra de un hombre, sino como la palabra del mismo Dios? Después de la plática, ¿habéis agradecido a Dios

(1) Luc., IX, 12.

(2) Véase la nota puesta al principio de este sermón.

la gracia que os hizo de instrueros El mismo por boca de sus ministros? ¡Ay, Dios mío! siendo tan pocos los que acuden con tales disposiciones, no nos extrañemos, H. M., de que esta palabra produzca tan escaso fruto. ¡Ay! ¡cuántos hay aquí que están con pena y fastidio! ¡que duermen, que bostezan! ¡cuántos que hojearán un libro, que conversarán! y aun veránse otros que llevan más lejos su impiedad, los cuales, por una especie de desprecio, salen fuera desdeñando la palabra santa y al que la predica. ¡Cuántos otros que encuentran que el tiempo les pasó con mucha lentitud y proponen no volver, y, por fin, otros que, al volverse a sus casas, lejos de conversar sobre lo que oyeron y de meditarlo bien, lo olvidan por completo, y lo traen a colación sólo para quejarse de su excesiva duración, o para criticar al que tuvo la caridad de predicarles! ¿Dónde están los que, al llegar a sus casas, hacen participantes de lo que oyeron, a los que no han podido asistir? ¿Dónde, los padres y las madres que cuiden de preguntar a sus hijos qué puntos del sermón han retenido, y les ilustren acerca de lo que no comprendieron? Pero ¡ay!, H. M., la palabra de Dios es tenida tan en poco, que casi nadie se acusa de haberla oído sin atención. ¡Ay! ¡cuántos pecados de que jamás se acusan los cristianos! ¡Cuántos cristianos condenados, Dios mío! ¡Quién será que diga para sí: «Cuán hermosas, cuán verdaderas son estas palabras! Bien veo cómo, después de tantos años de oírlas, habiéndome mostrado en ellas el estado de mi alma, y hecho casi tocar con el dedo que, si la muerte me sorprendiese, estaría irremisiblemente perdido, sin embargo permanezco continuamente en pecado. ¡Oh, Dios mío! ¡cuántas gracias despreciadas, de cuántos medios de salvación he abusado hasta el presente! Mas esto se acabó, voy a mudar al momento de conducta, he de pedir a Dios la gracia de no oír jamás esta palabra

sagrada sin estar bien dispuesto para recibirla. No, no pensaré jamás, como lo hice hasta el presente, que lo que se predica es para tal o cual persona; no, diré y pensaré que se predica para mí, y al mismo tiempo procuraré hacer todos los posibles para aprovecharme de tan saludables avisos». ¿Qué sacaremos de todo lo dicho, H. M.? Vedlo aquí: que la palabra divina es uno de los más grandes dones que Dios haya podido hacernos, ya que, sin la adecuada instrucción, es imposible salvarnos. Y que si, en los desgraciados tiempos en que vivimos, vemos tantos impíos, es porque son tantos los que ignoran la religión, toda vez que es imposible que una persona que la conozca bien, no la ame, ni practique lo que ella nos manda. Cuando os encontréis con algún impío que desprecie la religión, podéis muy bien afirmar: «He aquí un ignorante que desprecia lo que no conoce», ya que, H. M., a tantos pecadores ha convertido esta divina palabra. Procuremos, H. M., oirla siempre con tanto mayor placer cuanto a ella está ligada la salvación de nuestra alma, y por ella venimos a conocer cuán feliz sea nuestro destino, cuán bueno es Dios y cuán grande será la recompensa que nos promete, pues durará por toda una eternidad. Esta es la dicha que os deseo...

MIERCOLES DE CENIZA

SOBRE LA PENITENCIA (1)

Paenitemini igitur et convertimini, ut deleantur peccata vestra.

Convertios, pues, y haced penitencia, para que sean borrados vuestros pecados.

(Actos de los Apóstoles, III, 19).

Este es, H. M., el único recurso que San Pedro propone a los judíos culpables de la muerte de Jesús. Sí, H. M., les dice este gran apóstol: «Vuestro crimen es horrible, puesto que abusasteis de la predicación del Evangelio y de los ejemplos de Jesucristo, despreciasteis sus favores y prodigios, y, no contentos con esto, lo desechasteis y condenasteis a la muerte más infame y cruel. Después de un crimen tal, ¿qué otro recurso os puede quedar, si no es el de la conversión y penitencia?» A estas palabras todos los que estaban presentes prorrumpieron en llanto y exclamaron: «¡Ay! ¿qué tendremos que hacer, oh gran Apóstol, para alcanzar misericordia?» San Pedro, para consolarlos, les dijo: «No desconfiéis H. M.: el mismo Jesucristo que vosotros crucificasteis, ha resucitado, y aún más, se ha convertido en la salvación de todos los que esperan en El; murió por la remisión de todos los pecados del mundo. Haced penitencia y convertíos, y vuestros pecados quedarán borrados». Este es, H. M., el lenguaje que usa también la Iglesia para con los pecadores que

(1) Este sermón es inédito.

reconocen la magnitud de sus pecados y desean sinceramente volver a Dios. ¡Ay, H. M.! ¡cuántos hay entre nosotros que resultan mucho más culpables que los judíos, ya que aquéllos dieron muerte a Jesús por ignorancia! ¡Cuántos renegaron y condenaron a muerte a Jesucristo, despreciaron su palabra santa, profanaron sus misterios, omitieron sus deberes, abandonaron los Sacramentos y cayeron en el más profundo olvido de Dios y de la salvación de su pobre alma! Pues bien, H. M., ¿qué otro remedio puede quedarnos en este abismo de corrupción y de pecado, en este diluvio que mancha la tierra y provoca la venganza del cielo? Ciertamente no hay otro, H. M., que la penitencia y la conversión. Decidme: ¿aún no habéis vivido bastantes años en pecado? ¿aún no habéis vivido bastante para el mundo y el demonio? ¿No es ya tiempo, H. M., de vivir para Dios Nuestro Señor y para asegurarnos una eternidad bienaventurada? Haga cada cual desfilas la vida pasada ante sus ojos, y veremos cuánta necesidad tenemos todos de penitencia. Mas, para induciros a ella, H. M., voy ahora a mostraros hasta qué punto las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, el dolor que por ellos experimentamos y las penitencias que hacemos, nos consuelan y nos confortan a la hora de la muerte; veremos, en segundo lugar, que, después de haber pecado, debemos hacer penitencia en este o en el otro mundo; en tercer lugar, examinaremos las maneras cómo puede uno mortificarse para hacer penitencia.

I. — Hemos dicho, H. M., que nada nos consuela tanto durante nuestra vida y nos conforta a la hora de la muerte como las lágrimas que derramamos por nuestros pecados, el dolor que por los mismos experimentamos y las penitencias a que nos entregamos. Es esto muy fácil de comprender, puesto que por seme-

jante medio tenemos la dicha de expiar nuestras culpas, o satisfacer a la justicia de Dios. Sí, H. M., por él merecemos nuevas gracias para que nos ayuden a tener la dicha de perseverar. Nos dice San Agustín que es necesario, de toda necesidad, que el pecado sea castigado, o por aquel que lo ha cometido, o por aquel contra el cual se ha cometido. Si no queréis que Dios os castigue, nos dice, castigaos vosotros mismos. Venos que el mismo Jesucristo, para mostrarnos cuán necesaria nos es la penitencia después del pecado, se coloca al mismo nivel de los pecadores (1).

Nos dice El que, sin el santo bautismo, nadie entrará en el reino de los cielos (2); y en otra parte, que si no hacemos penitencia, todos pereceremos (3). ¡Ay, H. M.! todo se comprende fácilmente. Desde que el hombre pecó, sus sentidos todos se rebelaron contra la razón; por consiguiente, si queremos que la carne esté sometida al espíritu y a la razón, es necesario mortificarla; si queremos que el cuerpo no haga la guerra al alma, es preciso castigarle a él y a todos los sentidos; si queremos ir a Dios, es necesario mortificar al alma con todas sus potencias. Y si aun queréis convencerlos más de la necesidad de la penitencia, abrid la Sagrada Escritura, y allí veréis cómo todos cuantos pecaron y quisieron volver a Dios, derramaron abundantes lágrimas, se arrepintieron de sus culpas e hicieron penitencia.

Mirad a Adán: desde que pecó se entregó a la penitencia, a fin de poder ablandar la justicia de Dios. Su penitencia duró más de novecientos años (4); y fué tal que hace estremecer, por lo que sobrepasa a las

(1) Marc., II, 16.

(2) Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei (Joan., III, 5).

(3) Nisi paenitentiam habueritis, omnes similiter peribitis (Luc., XIII, 3).

(4) Gen., III, 17; V, 5.

fuerzas de la naturaleza. Mirad a David después de su pecado: por todos los ámbitos del palacio resonaban sus exclamaciones y gemidos; guardaba los ayunos hasta un exceso tal, que sus pies eran ya impotentes para sostenerle (1). Cuando, para consolarle, se le decía que, puesto que el Señor le había asegurado que estaba perdonada su gran culpa, debía moderar su dolor, exclamaba: ¡Ah, desgraciado de mí! ¿qué es lo que he hecho? He perdido a mi Dios, he vendido mi alma al demonio; ¡ah! no, no, mi dolor durará lo que dure mi vida y me acompañará al sepulcro. Corrían sus lágrimas con tanta abundancia, que con ellas remojava el pan que comía, y regaba el lecho donde descansaba (2).

San Pedro... (3)

¿Por qué, H. M., sentimos tanta repugnancia por la penitencia, y experimentamos tan escaso dolor de nuestros pecados? ¡Ay, H. M.! porque no conocemos ni los ultrajes que el pecado infiere a Jesucristo, ni los males que nos prepara para la eternidad. Estamos convencidos de que después del pecado es necesario hacer penitencia irremisiblemente. Mas ved lo que hacemos: lo guardamos para más adelante, como si fuésemos dueños del tiempo y de las gracias de Dios. ¡Ay, H. M.! ¡quién de nosotros, si está en pecado, no temblará sabiendo que no tenemos un instante seguro? ¡Ay, H. M.! ¿quién de nosotros no se estremecerá, al pensar que hay fijada en las gracias una cierta medida, cumplida la cual Nuestro Señor no concede ya ni una más? ¿Quién de nosotros no se estremecerá al pensar que hay una medida de la mise-

(1) *Genua mea infirmata sunt a ieiunio* (Ps. CVIII, 24).

(2) Ps. CI, 10; VI, 7.

(3) «San Pedro». Estas palabras colocadas al margen indican que el autor pensaba contar la penitencia del Príncipe de los apóstoles, quien «lloró amargamente» su triple negación, durante todos los días de su vida.

ricordia, terminada la cual todo se acabó? ¡Ay! ¿quién no temblará, al pensar que hay un determinado número de pecados después del cual Dios abandona el pecador a sí mismo? ¡Ay, H. M.! cuando la medida está llena, necesariamente ha de derramarse. Sí, después que el pecador lo ha llenado todo, es preciso que sea castigado, ¡que caiga en el infierno a pesar de sus lágrimas y de su dolor!... ¿Pensáis, H. M., que después de haberos arrastrado, haber rodado, haberos anegado en la más infame impureza y en las más bajas pasiones; pensáis, H. M., que después de haber vivido muchos años a pesar de todos los remordimientos que la conciencia os sugirió para retornaros a Dios; pensáis, H. M., que después de haber vivido como libertinos e impíos, despreciando todo lo que de más santo y sagrado tiene la religión, vomitando contra ella todo lo que la corrupción de vuestro corazón ha podido engendrar; pensáis que, cuando os plazca exclamar: Dios mío, perdonadme, ¿está ya todo hecho? ¿que ya no nos queda más que entrar en el cielo? No, no, H. M., no seamos tan temerarios, ni tan ciegos, esperando tal cosa. ¡Ay, H. M.! en ese momento precisamente, es cuando se cumple aquella terrible sentencia de Jesucristo que nos dice: «Me despreciasteis durante vuestra vida, os burlasteis de mis leyes; mas ahora que queréis recurrir a mí, ahora que me buscáis, os volveré la espalda para no ver vuestras desdichas (1); me taparé los oídos para no oír vuestros clamores; huiré lejos de vosotros, por temor a sentirme conmovido por vuestras lágrimas».

¡Ay, H. M.! para convencernos de esto, no tenemos más que abrir la Sagrada Escritura y la historia, donde están contenidas y reseñadas las acciones de los más famosos impíos; allí veremos cómo tales cas-

(1) Jer., XVIII, 17.

tigos son más terribles de lo que se cree. Escuchad al célebre Antíoco. Viéndose golpeado de una manera visible por la mano del Todopoderoso, se humilla, llora y exclama: «Es justo, Señor, que la criatura reconozca a su Criador» (1). Promete a Dios hacer penitencia, reparar todos los males hechos por él durante su vida, todos los daños causados al templo de Jerusalén, promete la entrega de una gran cantidad de bienes para sostener el culto en el templo del Señor, y además ofrece hacerse judío; en una palabra, toda su vida será una vida enteramente respetuosa para la ley de Dios. Si le hubieseis oído, habríais exclamado con regocijo: he aquí un pecador que es un santo penitente. Sin embargo, ya oímos lo que nos dice el Espíritu Santo: «Este impío implora un perdón que jamás le será otorgado; llora, mas llorando baja a los infiernos».

Mas ¿por qué, H. M., ir tan lejos a buscar los espantosos ejemplos de la justicia de Dios sobre el pecador que ha despreciado las gracias divinas? Mirad el espectáculo que nos han ofrecido los impíos, incrédulos y libertinos del pasado siglo; mirad su vida impía, incrédula y libertina. ¿Acaso no vivieron tan desordenadamente con la esperanza de que el buen Dios les perdonaría cuando ellos quisiesen implorar perdón? Mirad a Voltaire. ¿Acaso, cuantas veces se veía enfermo, no exclamaba: misericordia? ¿no pedía, por ventura, perdón a aquel mismo Dios que cuando sano insultaba, y contra el cual no cesaba de vomitar todo lo que su corrompido corazón era capaz de engendrar? D'Alembert, Diderot, Juan-Jacobo Rousseau, al igual que todos sus compañeros de libertinaje, creían también que, cuando fuese de su gusto pedir perdón a Dios, les sería otorgado; mas podemos decirles lo que el Espíritu Santo dijo de Antíoco: «Estos impíos

(1) II Mac., IX, 12.

imploran un perdón que no les ha de ser concedido» (1).

¿Y por qué, H. M., esos impíos no fueron perdonados, a pesar de sus lágrimas? Esto fué porque su dolor no procedía de un verdadero arrepentimiento, ni de pesar por los pecados cometidos, ni del amor de Dios, sino solamente del temor del castigo.

¡Ay, H. M. ! por terribles y espantosas que sean estas amenazas, aun no abren los ojos de los que andan por el mismo camino que aquellos infelices. ¡Ay ! cuán ciego y desgraciado es aquel que, siendo impío y pecador, tiene la esperanza de que algún día dejará de serlo ! ¡ Ay, H. M. ! ¡ a cuántos el demonio conduce, de esta manera, al infierno ! Cuando menos lo piensan, reciben el golpe de la justicia de Dios. Mirad a Saúl ; él no sabía que, al burlarse de las órdenes que le daba el profeta, ponía el sello a su reprobación y al abandono, que de Dios hubo de sufrir (2). Ved si pensaba Amán que, al preparar la horca para Mardoqueo, él mismo sería suspendido en ella para entregar allí su vida (3). Mirad al rey Baltasar bebiendo en los vasos sagrados que su padre había robado en Jerusalén, si pensaba que aquel sería el último crimen que Dios iba a permitirle (4). Mirad aún a los dos viejos infames, si pensaban que iban a ser apedreados y de allí bajar al infierno, cuando osaron tentar a la casta Susana (5). Indudablemente que no. Sin embargo, H. M., aunque esos impíos y libertinos ignoren cuándo ha de tener fin tanta indulgencia, no dejan por eso de llegar al colmo de sus crímenes, hasta un extremo en que no pueden menos de recibir el castigo.

(1) Orabat autem hic scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consequenturus (II Mac., IX, 13).

(2) I Reg., XV, 23.

(3) Est., VII, 9.

(4) Dan., V, 23.

(5) Ibid., XIII, 6r.

Pues bien, H. M., ¿qué pensáis de todo esto, vosotros que tal vez habéis concebido el propósito espantoso de permanecer aún algunos años en pecado, y quizá hasta la muerte? No obstante, estos ejemplos terribles han inducido a muchos pecadores a dejar el pecado y hacer penitencia; ellos han poblado los desiertos de solitarios, llenado los monasterios de santos religiosos, e inducido a tantos mártires a subir al patíbulo, con más alegría que los reyes al subir las gradas del trono: todo por temor de merecer los mismos castigos que aquellos de que os he hablado. Si dudáis de ello, escuchadme un momento; y si vuestro endurecimiento no llegó hasta el punto en que Dios abandona el pecador a sí mismo, los remordimientos de conciencia van a despertarse en vosotros hasta desgarraros el alma. San Juan Clímaco nos refiere (1) que fué un día a un monasterio; los religiosos que en él moraban tenían tan fuertemente grabada en su corazón la magnitud de la divina justicia, estaban poseídos de un temor tal de haber llegado al punto en que nuestros pecados agotan la misericordia de Dios, que su vida hubiera sido para vosotros un espectáculo capaz de haceros morir de pavor; llevaban una vida tan humilde, tan mortificada, tan crucificada; sentían hasta tal punto el peso de sus faltas; eran tan abundantes sus lágrimas y sus clamores tan penetrantes, que, aun teniendo un corazón más duro que la piedra, era imposible impedir que las lágrimas saltasen de los ojos. Con sólo cruzar los umbrales del monasterio, nos dice el mismo Santo, presencié acciones verdaderamente heroicas; oí exclamaciones capaces de forzar al mismo cielo; había penitentes que se condenaban a permanecer toda la noche sosteniéndose sobre la punta de sus pies; y cuando su pobre cuerpo cedía a la debilidad,

(1) *La Escala santa*, grado quinto.

reprendíanse su cobardía : «Desgraciado, se decían, si tienes tan poco valor para satisfacer a la divina justicia, ¿cómo podrás resistir las llamas vengadoras de la otra vida?» Otros, con los ojos y las manos elevados al cielo, exhalaban clamores capaces de haceros derretir en lágrimas : tan penetrados estaban ellos de la magnitud de sus culpas ; otros hacíanse atar las manos detrás como a criminales ; juzgábanse indignos de mirar al cielo y se echaban cara a tierra. «¡ Ay Dios mío ! clamaban, servíos aceptar nuestras lágrimas y nuestros dolores.» Algunos de ellos hallábanse enteramente cubiertos de llagas ; su pobre cuerpo estaba tan corrompido y exhalaba tan repugnante hedor, que resultaba imposible permanecer a su lado sin morir de asco. Había otros que solamente bebían el agua indispensable para no morir de sed ; tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte ; decíanse unos a otros : «¡ Ah !, H. M., ¿ qué será de nosotros ? ¿ Creéis que hemos progresado algo en la virtud ? Corramos, amigos míos, en la carrera de la penitencia, mortifiquemos esos malditos cuerpos como ellos mataron nuestras pobres almas». Pero lo que era más espantoso, era que, cuando uno de ellos estaba a punto de salir de este mundo, todos los religiosos poníanse junto al moribundo con aspecto abatido, con los ojos bañados en lágrimas, y se dirigían a él diciéndole : «¿ Qué es lo que pensáis de vos ahora que vais a morir ? ¿ Esperáis, creéis que vuestras lágrimas, vuestro dolor y vuestras penitencias os habrán merecido el perdón ? ¿ No teméis oír de labios del mismo Jesucristo estas palabras : «Apártate de mí, maldito ; vete al fuego eterno?» «¡ Ay ! respondían aquellos pobres moribundos, ¿ quién sabe si nuestras lágrimas habrán aplacado la cólera divina ? ¿ Quién sabe si nuestros pecados han desaparecido a los ojos de Dios ? ¿ Qué podemos más hacer ? Abandonarnos a la justicia de Dios.» Y rogaban a su superior que no fuese sepultado

su cuerpo, sino arrojado al muladar, para servir de pasto a las bestias salvajes.

San Juan Clímaco nos dice que aquel espectáculo le causaba tanto horror, que antes de un mes tuvo que abandonar el monasterio: allí no podía vivir. Y, al estar de regreso, dice, hallóme mi superior tan cambiado, que apenas pudo reconocerme. Y pues, hermano mío, me dijo, ¿habéis visto los trabajos y los combates de nuestros generosos soldados? Sólo pude responderle con mis lágrimas; tal era el espanto que aquel género de vida me infundiera, y la debilidad y delgadez que había dejado en mi cuerpo.

Pues bien, H. M., ahí tenéis unos cristianos como nosotros y mucho menos pecadores que nosotros; ahí tenéis, H. M., unos penitentes que esperaban el mismo cielo que nosotros, que tenían un alma por salvar como nosotros. ¿Por qué, pues, H. M., tantas lágrimas, tantos dolores y tantas penitencias? ¡Ay, H. M. ! es que ellos sentían el gran peso de los pecados, y conocían cuán espantoso es el ultraje que infliere a Dios el pecado; ahí tenéis, H. M., lo que hicieron los que habían comprendido cuán gran desdicha es perder el cielo. ¡ Oh, Dios mío ! ¿ no es el mayor de todos los males ser insensible a tanta desdicha ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ los cristianos que me oyén teniendo la conciencia cargada de pecados y que no han de esperar otra suerte que la de los réprobos, podrán vivir tranquilos ? ¡ Ay ! ¡ cuán desdichado es el que perdió la fe !

II. — Decimos que, necesariamente, después del pecado es preciso hacer penitencia en este mundo, o bien ir a hacerla en la otra vida.

Al establecer la Iglesia los días de ayuno y abstinencia, lo hizo para recordarnos que, pecadores como somos, debemos hacer penitencia, si queremos que Dios nos perdone; y aun más, podemos decir que el ayuno

y la penitencia empezaron con el mundo. Mirad a Adán; ved a Moisés que ayunó cuarenta días. Ved también a Jesucristo, que era la misma santidad, retirarse por espacio de cuarenta días en un desierto sin comer ni beber, para manifestarnos hasta qué punto nuestra vida debe ser una vida de lágrimas, de mortificación y de penitencia. ¡Ay, H. M. ! ¡ desde el momento en que un cristiano abandona las lágrimas, el dolor de sus pecados y la mortificación, podemos decir que de él ha desaparecido la religión ! Sí, H. M., para conservar en nosotros la fe, es preciso que estemos siempre ocupados en combatir nuestras inclinaciones y en llorar nuestras miserias.

Voy a referir un ejemplo que os mostrará cuánta sea la cautela que hemos de poner en no dar a nuestros apetitos cuanto ellos nos piden. Leemos en la historia que había un marido cuya mujer era muy virtuosa, y tenían ambos un hijo cuya conducta en nada desmerecía de la de su madre. Madre e hijo hacían consistir su felicidad en entregarse a la oración y frecuentar los Sacramentos. Durante el santo día del domingo, después de los divinos oficios, empleábanse enteramente en hacer el bien : visitaban a los enfermos y les proporcionaban los socorros que sus posibilidades les permitían. Mientras se hallaban en casa, pasaban el tiempo dedicados a piadosas lecturas, a propósito para animarlos en el servicio de Dios. Alimentaban su espíritu con la gracia de Dios, y esto era para ellos toda su felicidad. Mas, como el padre era un impío y un libertino, no cesaba de vituperar aquel comportamiento y de burlarse de ellos, diciéndoles que aquel género de vida le desagradaba en gran manera y que tal modo de vivir era sólo propio de gente ignorante; al mismo tiempo procuraba poner a su alcance los libros más infames y más adecuados para desviarlos del camino de la virtud que tan felices seguían.

La pobre madre lloraba al oír aquella manera de hablar, y el hijo, por su parte, no dejaba tampoco de lamentarlo grandemente. Mas, tanto duraron las asechanzas, que, hallando repetidamente aquellos libros ante sus ojos, tuvieron la desgraciada curiosidad de mirar lo que ellos contenían; ¡ay! sin darse cuenta aficionáronse a aquellas lecturas llenas de torpezas contra la religión y las buenas costumbres. ¡Ay! sus pobres corazones, en otro tiempo tan llenos de Dios, pronto se inclinaron hacia el mal; su manera de vivir cambió radicalmente; abandonaron todas sus prácticas; ya no se habló más de ayunos, ni penitencias, ni confesión, ni comunión, hasta el punto de abandonar totalmente sus deberes de cristianos. Al ver aquel cambio, quedó el marido muy satisfecho, por considerarlos así inclinados a su parte. Como la madre era joven aún, no pensaba entonces más que en engalanarse, en frecuentar los bailes, teatros y cuantos lugares de placer estaban a su alcance.

El hijo, por su parte, seguía las huellas de su madre: convirtiéndose en seguida en un gran libertino, que escandalizó a su país cuanto anteriormente lo había edificado. No pensaba más que en placeres y desórdenes, de manera que madre e hijo gastaban enormemente; no tardó mucho en vacilar su fortuna. El padre, viendo que empezaba a contraer deudas, quiso saber si su caudal sería bastante para dejarlos continuar aquel género de vida a que los indujera; mas hubo de quedar fuertemente sorprendido al ver que los bienes ni tan sólo podían hacer frente a sus deudas. Entonces apoderóse de él una especie de desesperación, y, un día de madrugada, levantóse y, con toda sangre fría y hasta con premeditación, cargó tres pistolas, entró en la habitación de su mujer, y levantóle la tapa de los sesos; pasó después al cuarto de su hijo, y descargó contra él el segundo golpe; el tercero fué para

sí mismo. ¡ Ah, padre desgraciado ! si al menos hubiese dejado a aquella pobre mujer y a ese pobre hijo en sus oraciones, sus lágrimas y sus penitencias, ellos habrían merecido el cielo, mientras que tú los has arrojado al infierno al precipitarte a ti mismo en aquellos abismos. Pues bien, H. M., ¿ qué otra causa señalaremos a tan gran desdicha, sino que dejaron de practicar nuestra santa religión ?

¡ Ay, H. M. ! ¿ qué castigo puede compararse con el de un alma a la que Dios, en pena de sus pecados, priva de la fe ? Sí, H. M., para salvar nuestras almas, la penitencia nos es tan necesaria, a fin de perseverar en la gracia de Dios, como la respiración para vivir, para conservar la vida del cuerpo. Sí, H. M., persuádmonos de una vez, que, si queremos que nuestra carne quede sometida al espíritu, a la razón, es necesario mortificarla ; si queremos que nuestro cuerpo no haga la guerra al alma, es preciso mortificarlo en cada uno de sus sentidos ; si queremos que nuestra alma quede sometida a Dios, precisa mortificarla en todas sus potencias.

Leemos en la Sagrada Escritura que, cuando el Señor mandó a Gedeón que fuese a pelear contra los Madianitas, ordenóle hiciese retirar a todos los soldados tímidos y cobardes. Fueron muchos miles los que retrocedieron. No obstante, aun quedaron diez mil. Entonces el señor dijo a Gedeón : Aun tienes demasiados soldados ; pasa otra revista, y observa todos los que para beber tomarán el agua con la mano para llevarla a la boca, pero sin detenerse ; éstos son los que habrás de llevar al combate. De diez mil sólo quedaron trescientos (1). El Espíritu Santo nos presenta este ejemplo para darnos a entender cuán pocas son las personas que practican la mortificación, y por lo tanto, cuán pocas las que se salvarán.

(1) Judic., VII, 6.

Es cierto, H. M., que no toda la mortificación se reduce a las privaciones en la comida y en la bebida, aunque es muy necesario no conceder a nuestro cuerpo todo lo que él nos pide, pues nos dice San Pablo: «Trato yo duramente a mi cuerpo, por temor de que, después de haber predicado a los demás, no caiga yo mismo en reprobación» (1).

Pero también es muy cierto, H. M., que aquel que ama los placeres, que busca sus comodidades, que huye las ocasiones de sufrir, que se inquieta, que murmura, que reprende y se impacienta porque la cosa más insignificante no marcha según su voluntad y deseo, el tal, de cristiano sólo tiene el nombre; solamente sirve para deshonorar su religión, pues Jesucristo ha dicho: «Aquel que quiera venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, lleve su cruz todos los días de su vida, y sígame» (2). Es indudable, H. M., que nunca un sensual poscerá aquellas virtudes que nos hacen agradables a Dios y nos aseguran el cielo. Si queremos guardar la más bella de todas las virtudes, que es la castidad, hemos de saber que ella es una rosa que solamente florece entre espinas; y, por consiguiente, sólo la hallaremos, como todas las demás virtudes, en una persona mortificada. Leemos en la Sagrada Escritura (3) que, apareciéndose el ángel Gabriel al profeta Daniel, le dijo: «El Señor ha oído tu oración, porque fué hecha en el ayuno y en la ceniza»; la ceniza simboliza la humildad. Leemos en la historia que, yendo de viaje dos padres jesuitas (4), como uno de ellos sufriese un catarro y se viesen precisados a dormir juntos, expectoró durante

(1) *Castigo corpus meum... ne forte cum aliis praedicaverim, reprobatus efficiar* (1 Cor., IX, 27).

(2) *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me* (Luc., IX, 23).

(3) Dan., IX, 3, 22.

(4) Estos dos misioneros son San Francisco de Borja y el Padre Bustamante.

durante toda la noche en la cara del compañero, sin saberlo. Por la mañana, dióse cuenta de ello, de lo cual quedó sumamente contrariado y pidióle perdón. Mas el otro le respondió : «Amigo mío, en ningún otro lugar más vil podías expectorar que sobre mi persona». Ahí tenéis, H. M., un ejemplo que manifiesta hasta qué punto llevaba la mortificación aquel buen Padre.

III. — Mas, me diréis vosotros, ¿cuántas clases de mortificaciones hay? Vedlas aquí, H. M., hay dos : una es la interior, otra es la exterior, pero ellas van siempre juntas.

La exterior consiste en mortificar nuestro cuerpo, con todos sus sentidos :

1.º Debemos mortificar nuestros ojos : abstenernos de mirar, ni por curiosidad, los diversos objetos que podrían inducirnos a algún mal pensamiento ; no leer libros inadecuados para conducirnos por la senda de la virtud, los cuales, al contrario, no harían más que desviarnos de aquel camino y extinguir la poca fe que nos queda.

2.º Debemos mortificar nuestro oído : nunca escuchar con placer canciones o razonamientos que puedan lisonjearnos, y que a nada conducen : será siempre un tiempo muy mal empleado y robado a los cuidados que debemos tener para la salvación de nuestra alma ; nunca hemos de complacernos tampoco en dar oídos a la maledicencia y a la calumnia. Sí, H. M., debemos mortificarnos en todo esto, procurando no ser de aquellos curiosos que quieren saber todo lo que se hace, de dónde se viene, lo que se desea, lo que nos han dicho los demás.

3.º Decimos que debemos mortificarnos en nuestro olfato : o sea, no complacernos en buscar lo que pueda causarnos deleite. Leemos en la vida de San Francisco de Borja que nunca olía las flores, antes al

contrario, llevábase con frecuencia a la boca ciertas píldoras, que mascaba (1), a fin de castigarse, por algún olor agradable que hubiese podido sentir o por haber tenido que comer algún manjar delicado.

4.º En cuarto lugar, digo que hemos de mortificar nuestro paladar : no debemos comer por glotonería, ni tampoco más de lo necesario ; no hay que dar al cuerpo nada que pueda excitar las pasiones ; ni comer fuera de las horas acostumbradas sin una especial necesidad. Un buen cristiano no come nunca sin mortificarse en algo.

5.º Un buen cristiano debe mortificar su lengua, hablando solamente lo necesario para cumplir con su deber, para dar gloria a Dñs y para el bien del prójimo. Contemplad a Jesucristo : a fin de mostrarnos cuán agradable le sea la virtud del silencio, y para inducirnos a imitarle, se encierra en él durante treinta años. Mirad a la Santísima Virgen : el Evangelio solamente nos la muestra cuatro veces hablando, y siempre por exigirle la gloria de Dios o el bien del prójimo. Habló al anunciarle el ángel que sería Madre de Dios (2) ; habló cuando fué a visitar a su prima Santa Isabel para participarle la dicha que había merecido (3) ; habló a su Hijo cuando después de haberle perdido, le halló en el templo (4) ; y habló en las bodas de Caná, para hacer presente a su Hijo el apuro en que se hallaba aquella gente (5).

Vemos, además, cómo en toda comunidad religiosa es el silencio uno de los puntos más importantes de sus reglas. Nos dice también San Agustín que es perfecto

(1) *Catapotia dentibus eadem de caussa mandere solitus*: «Tenía la costumbre de mascar con los dientes ciertas píldoras por mortificación». *Vita S. Franc. Borgiae*, cap. XV : Act. SS., t. V, oct., p. 286.

(2) Luc., I, 34, 38.

(3) Ibid., 46.

(4) Ibid., II, 48.

(5) Joan., II, 3.

aquel que no peca con la lengua (1). Debemos, sobre todo, mortificar nuestra lengua cuando el demonio nos induzca a sostener pláticas pecaminosas, a cantar malas canciones, a la maledicencia y a la calumnia contra el prójimo; tampoco deberemos soltar juramentos ni palabras groseras.

6.º Digo también que hemos de mortificar nuestro cuerpo no dándole todo el descanso que nos pide; tal ha sido, en efecto, la conducta de todos los santos.

Mortificación interior. Hemos dicho después, que debemos practicar la mortificación interior. Mortifiquemos, ante todo, nuestra imaginación. No debe dejársela divagar de un lado a otro, ni entretenerse en cosas inútiles ni, sobre todo, dejarla que se fije en cosas que podrían conducirla al mal, como sería pensar en ciertas personas que han cometido algún pecado contra la santa pureza, o pensar en los afectos de los jóvenes recién casados: todo esto no es más que un lazo que el demonio nos tiende para llevarnos al mal. En cuanto se presenten tales pensamientos, es necesario apartarlos. Tampoco he de dejar que la imaginación se ocupe en lo que yo me convertiría, en lo que haría, si fuese... si tuviese esto, si se me diese aquello, si pudiese conseguir lo otro. Todas estas cosas no sirven más que para hacernos perder un tiempo precioso durante el cual podríamos pensar en Dios y en la salvación de nuestra alma. Por el contrario, es preciso ocupar nuestra imaginación pensando en nuestros pecados para llorarlos y enmendarnos; pensando con frecuencia en el infierno, para huir de sus tormentos; pensando mucho en el cielo, para vivir de manera que seamos merecedores de alcanzarlo; pensando a menudo en la pasión y muerte de Jesucristo Nuestro Señor,

(1) Esta sentencia la formuló primeramente el apóstol San Jaime: «Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est» (Jac., III, 2).

para que tal consideración nos ayude a soportar las miserias de la vida con espíritu de penitencia.

Debemos también mortificar nuestra mente: huyendo de examinar temerariamente la posibilidad de que nuestra religión no sea buena, no esforzándonos en comprender los misterios, sino solamente discurriendo de la manera más segura acerca de cómo hemos de portarnos para agradar a Dios y salvar el alma.

Igualmente hemos de mortificar nuestra voluntad, cediendo siempre al querer de los demás cuando no hay compromisos para nuestra conciencia. Y esta sujeción hemos de tenerla sin mostrar que nos cause enojo; por el contrario, debemos estar contentos al hallar una ocasión de mortificarnos y poder sí expiar los pecados de nuestra voluntad. Ahí tenéis, H. M., en general, las pequeñas mortificaciones que a todas horas podemos practicar, a las que podemos aun añadir el soportar los defectos y malas costumbres de aquellos con quienes convivimos. Es muy cierto, H. M., que las personas que no aspiran más que a procurarse satisfacción en la comida, en la bebida y en los placeres todos que su cuerpo y su espíritu puedan desear, jamás agradarán a Dios, puesto que nuestra vida debe ser una imitación de Jesucristo. Yo os pregunto ahora: ¿qué semejanza podremos hallar entre la vida de un borracho y la de Jesucristo, que empleó sus días en el ayuno y las lágrimas; entre la de un impúdico y la pureza de Jesús; entre un vengativo y la caridad de Jesucristo? y así de lo demás. ¡Ay, H. M.! ¿qué será de nosotros cuando Jesucristo proceda a confrontar nuestra vida con la suya? Hagamos, pues, algo capaz de agradarle.

Hemos dicho, al principio, que la penitencia, las lágrimas y el dolor de nuestros pecados serán un gran consuelo en la hora de la muerte; de ello no os quepa duda alguna; ¡Qué dicha para un cristiano recordar, en

aquel postrer momento, en que tan minucioso examen de conciencia se hace, cómo no sólo observó puntualmente los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, sino que pasó su vida en medio de lágrimas y penitencia, en el dolor de sus pecados y en una mortificación continua acerca de todo cuanto pudiera satisfacer sus gustos ! Si nos quedase algún temor, bien podremos decir como San Hilarión : « ¿ Qué temes, alma mía ? ¡ tantos años hace que te ocupas en hacer la voluntad de Dios y no la tuya ! No desconfíes, el Señor tendrá piedad de ti » (1).

Para que mejor lo comprendáis, voy a citaros un hermoso ejemplo. Nos cuenta San Juan Clímaco (2) que cierto joven concibió un gran deseo de emplear su vida haciendo penitencia y preparándose para la muerte ; no puso límites a sus mortificaciones. Cuando llegó la muerte, hizo llamar a su superior y le dijo : « ¡ Ah ! padre mío, ¡ qué consuelo para mí ! ¡ Oh ! cuán dichoso me siento de haber vivido en medio de las lágrimas, del dolor de mis pecados, y de la penitencia. Dios, que es tan bueno, me ha prometido el cielo. Adiós, padre mío, voy a unirme a mi Dios, cuya vida he procurado imitar cuanto me ha sido posible ; adiós, padre mío, os doy gracias por haberme animado a seguir este dichoso camino. ¡ Qué dicha para nosotros, en aquellos momentos, H. M., será el haber vivido para Dios ; el haber temido y huído el pecado, el habernos abstenido no solamente de los placeres malos y prohibidos, sino también de los inocentes y permitidos ; el haber recibido frecuente y dignamente los Sacramentos, en los que tantas gracias y fuerzas habremos hallado para combatir al demonio, al mundo y a nuestras pasiones ! Pero, decidme, H. M., ¿ qué puede

(1) *Vida de los Padres del desierto*, t. V, p. 208.

(2) *La Escala santa*.

esperar, en aquella hora tremenda, el pecador, si ve ante sus ojos una vida que no es más que una cadena de crímenes? ¿Qué esperanza ha de abrigar un pecador que ha casi vivido como si no tuviese alma que salvar y como si creyese que con la muerte se acaba todo; que apenas ha frecuentado nunca los Sacramentos, y aun, al recibirlos, no hizo más que profanarlos acudiendo con malas disposiciones; un pecador que, no contento con haberse burlado y hecho menosprecio de su religión y de los que tenían la dicha de practicarla, puso además todo su esfuerzo en arrastrar a otros a seguir por la senda de la infamia y del libertinaje? ¡Ay! ¡cuál será entonces el pavor y la desesperación de ese pobre desgraciado al reconocer que tan sólo vivió para hacer sufrir a Jesucristo, perder su pobre alma y precipitarse en el infierno! ¡Qué desgracia, Dios mío! y tanto más cuanto él sabía muy bien que, a haberlo querido, podía obtener el perdón de sus pecados. Dios mío, ¡qué desesperación por toda una eternidad!

Traeremos aquí un admirable ejemplo que nos muestra cómo, si nos condenamos, será ciertamente porque no habremos querido salvarnos. Se refiere en la historia (1) que Santa Thais había sido en su juventud una de las mas famosas cortesanas que ha habido en el mundo: sin embargo, era cristiana. Precipitose en todo lo que su corazón, que era todo él una hoguera de fuego impuro, pudo desear: profanó en la disolución todo lo que, en cuanto a gracias y belleza, le concediera el cielo; hasta su propia madre fué un instrumento de que se valió el infierno para sumergirla con el más espantoso furor en tantas obscenidades, haciendo que empleara su miserable juventud abandonada a los desórdenes más infames y deshonorosos para una persona de su calidad. De sus admiradores, unos se arruinaban

(1) *Vida de los Padres*, t. I, cap. XV, San Pafnucio.

para ofrecerle regalos, muchos se suicidaban por no haber podido poseerla solos. En fin, los desórdenes de aquella comedianta eran el escándalo de todo el país, y un motivo de aflicción para los buenos. Dejo, pues, a vuestra consideración el mal que causaría aquella mujer, las almas que haría perder, los ultrajes que inferiría a Jesucristo por causa de las personas que arrastraba al pecado. En su juventud había sido muy bien instruída, pero sus desarreglos y la violencia de sus pasiones habían ahogado todas las verdades de la religión.

No obstante, Nuestro Señor, sabiendo hasta qué punto su conversión provocaría la de muchos otros, quiso manifestar la magnitud de sus misericordias; y, lanzando una mirada compasiva, fué El mismo a buscarla en medio de su torpeza la más infame. Para obrar aquel gran milagro de la gracia, valióse de un santo solitario a quien dió a conocer aquella famosa pecadora y todos sus desórdenes. Ordenóle el Señor que fuese a entrevistarse con la cortesana. Aquel solitario era San Pafnucio. Tomó un traje de caballero, proveyóse de dinero, y partió para la ciudad en donde aquella mujer habitaba. Siendo llevado por el mismo Dios, pronto dió con la casa de quella mujer y pidió ser recibido por ella.

Aquella mujer, que nada sabía ni sospechaba, le condujo a un cuarto reservado y lleno de adornos. Entonces el Santo le preguntó si había otro cuarto aun más escondido donde poder sustraerse hasta de los ojos de Dios. «¡ Oh ! díjole la cortesana, ten por seguro que nadie ha de venir ; mas si temes la presencia de Dios, ¿ no está, por ventura, en todas partes ? » Quedó el Santo muy admirado al oirla hablar así de Dios. « ¡ Cómo ! díjole él, ¿ es decir, que conoces al buen Dios ? » — « Sí, contestó ella ; y aun más, sé que hay un paraíso para los que le sirven con fidelidad y un infierno para los que le desprecian. » — « Pero ¿ cómo, le dijo el San-

to, sabiendo todo esto, puedes vivir como vives, durante tantos años, preparándote tú misma un horroroso infierno?» Estas solas palabras del Santo, junto con la gracia de Dios, fueron como un rayo que derribó a nuestra cortesana, al igual que a San Pablo en el camino de Damasco. Arrojóse a sus pies, deshecha en lágrimas y suplicando la gracia de que tuviese piedad de ella, e implorase la misericordia del Señor. Manifestóse enteramente dispuesta a hacer todo cuanto él quisiese, a fin de intentar el divino perdón. No le pidió más que tres horas de plazo para poner en orden sus negocios; y al momento estaría ella en el lugar que le indicase. Habiéndole el Santo concedido el plazo pedido, congregó ella a cuantos libetinos le fué posible, de los que con ella se habían abandonado al pecado, y los llevó a la plaza pública: allí, en presencia de todos, se despojó de sus galas, ordenó fuesen llevados allí los muebles que había comprado con el dinero de sus infamias, hizo de ellos un montón y le pegó fuego, sin decir nada ni dar explicación alguna de por qué obraba así. Después de esto, abandonó la plaza pública para ponerse a disposición del Santo, quien la condujo a un monasterio de recogidas. Encerróla en una celda cuya puerta selló él mismo, y rogó a una religiosa que la llevase algunos mendrugos de pan y un poco de agua. Thais preguntó al Santo qué oración debía hacer en su retiro para mover el corazón de Dios. Y el Santo le contestó: «No eres digna de pronunciar el nombre de Dios, puesto que tus labios están llenos de iniquidades, ni de elevar al cielo unas manos tan criminales. Conténtate con dirigirte hacia oriente, y con todo el dolor de tu corazón y con toda la amargura de tu alma, di: «Oh Vos que me criasteis, tened piedad de mí».

Esta fué toda su oración en los tres años que permaneció encerrada en aquellas cuatro paredes, durante cuyo tiempo jamás olvidó el recuerdo de sus pecados.

Tal fué su llanto, de tal manera y tan cruelmente maltrató su cuerpo, que cuando San Pafnucio fué a consultar a San Antonio a fin de saber si Dios la acogía bajo su misericordia, San Antonio, después de haber pasado con sus religiosos la noche en oración a tal objeto, díjole que el Señor había revelado a uno de dichos religiosos, San Pablo el Simple, que en el cielo había preparado un trono radiante para la penitente Thais. Entonces el Santo, lleno de alegría y muy admirado por haber ella en tan poco tiempo satisfecho a la justicia de Dios, fuése a su encuentro para comunicarle que sus pecados estaban perdonados y que debía salir de aquella celda. Preguntóla el Santo qué era lo que había hecho durante aquellos tres años. Y ella le respondió: «Padre mío, puse mis pecados ante mis ojos como en un montón, y no cesé de llorarlos y de pedir misericordia». «Precisamente por esto, díjole San Pafnucio, y no por las demás penitencias, has cautivado el corazón de Dios.» Habiendo abandonado aquella celda para dirigirse a un monasterio, sobrevivió solamente quince días, después de los cuales voló al cielo a cantar las grandezas de la misericordia de Dios.

Este ejemplo nos muestra, H. M., con cuánta facilidad, y sin hacer ninguna de aquellas grandes penitencias, ganaríamos, si quisiésemos, el corazón de Dios. ¡Cuántos remordimientos nos atormentarán por toda una eternidad, por haber rehusado hacernos la menor violencia a fin de dejar el pecado! Sí, H. M., día vendrá en que veremos cómo hubiéramos podido satisfacer a la justicia de Dios, sólo con las pequeñas molestias de la vida que necesariamente hemos de sufrir en el estado en que Dios se ha servido colocarnos, si hubiésemos acertado a unir a ellas algunas lágrimas y un sincero dolor de nuestros pecados. ¡Cuánto nos pesará haber vivido y muerto en pecado, al ver que Jesucristo padeció tanto por nosotros y que su deseo hubiera sido

el perdonarnos con sólo haber implorado nosotros de El esta gracia ! Dios mío, ¡ cuán ciego y desgraciado es el pecador !

Tememos la penitencia. Ved, empero, H. M., cómo eran tratados los pecadores en los primeros tiempos de la Iglesia. Los que querían reconciliarse con Dios se presentaban, el miércoles de Ceniza, en la puerta del templo, con vestiduras sucias y rasgadas. Después de haber entrado en la iglesia, se les cubría la cabeza de ceniza y se les entregaba un cilicio para que lo llevaran durante todo el tiempo de la penitencia. Luego se les mandaba que se postrasen en tierra, mientras se cantaban los siete salmos penitenciales para implorar sobre ellos la misericordia de Dios ; seguidamente se les dirigía una exhortación para inducirlos a practicar la penitencia con el mayor celo posible, esperando que así tal vez Nuestro Señor sería movido a perdonarlos.

Después de todo esto, se les advertía que se les iba a arrojar del templo con cierta violencia, a la manera como Dios arrojó a Adán del paraíso después de haber pecado. Apenas tenían tiempo de salir cuando se cerraba tras ellos la puerta del templo. Y si deseáis saber cómo pasaban aquel tiempo y cuánto duraba aquella penitencia, vedlo aquí : primeramente, quedaban obligados a vivir en el retiro o bien a emplearse en los más duros trabajos ; según el número y gravedad de sus pecados, se les asignaban determinados días de la semana en los cuales debían ayunar a pan y agua ; durante la noche y postrados en tierra, tenían largas horas de oración ; dormían sobre duras tablas ; por la noche levantábanse varias veces a llorar sus pecados. Se les hacía pasar por diferentes grados de penitencia ; los domingos, presentábanse a las puertas del templo ciñendo el cilicio, con la cabeza cubierta de ceniza, permaneciendo fuera, expuestos a la intemperie ; postrábanse ante los fieles que entraban en la iglesia, y,

con lágrimas, conjurábanlos a rogar por ellos. Pasado algún tiempo, se les permitía acudir a escuchar la palabra de Dios; mas, en cuanto había terminado el sermón, se los arrojaba del templo; muchos solamente a la hora de la muerte eran admitidos a recibir la gracia de la absolución. Y aun miraban esto como una muy apreciable gracia que la Iglesia les hacía después de haber pasado diez, veinte años o a veces más, en las lágrimas y la penitencia. Así es, H. M., como se portaba la Iglesia, en otro tiempo, con aquellos pecadores que querían convertirse de veras.

Si deseáis ahora saber, H. M., quiénes se sometían a tales penitencias, os diré que *todos*, desde los humildes pastores hasta el emperador. Si me pedís un ejemplo, aquí tenéis uno en la persona del emperador Teodosio. Habiendo pecado aquel príncipe, más por sorpresa que por malicia, San Ambrosio le escribió diciéndole: «Esta noche he tenido una visión en la que Dios me ha hecho ver a vuestra persona encaminándose al templo, y me ha ordenado que os prohibiese la entrada». Al leer aquella carta, el emperador lloró amargamente; sin embargo, fué a postrarse ante las puertas del templo como de ordinario, con la esperanza de que sus lágrimas y su arrepentimiento moverían al santo obispo. San Ambrosio, al verle venir, le dijo: «Deteneos, emperador, sois indigno de entrar en la casa del Señor». Respondióle el emperador: «Es verdad, mas también pecó David, y el Señor le perdonó». «Pues bien, le dijo San Ambrosio, ya que le habéis imitado en la culpa, seguidle en la penitencia». A estas palabras, el emperador, sin replicar más, retiróse a su palacio, dejó sus ornamentos imperiales, postróse con la faz en tierra, y abandonóse a todo el dolor de que su corazón era capaz. Permaneció ocho meses *sin poner los pies* en el templo. Al ver que sus criados se dirigían a la iglesia en tanto que él se hallaba pri-

vado de concurrir allí, oíasele dar unos clamores capaces de mover los corazones más endurecidos. Cuando le fué permitido asistir a las preces públicas, no se ponía de pie o arrodillado como los demás, sino postado, la faz en tierra, de la manera más conmovedora, golpeándose el pecho, arrancándose los cabellos y llorando amargamente. Durante toda su vida conservó el recuerdo de su pecado; no podía pensar en él sin derramar lágrimas en abundancia. Aquí tenéis, H. M., lo que hizo un emperador que no quería perder su alma.

¿Qué hemos de sacar de aquí, H. M.? Vedlo: ya que es necesario de toda necesidad llorar nuestros pecados, y hacer penitencia en este mundo o en el otro, escojamos la menos rigurosa y la más corta. ¡Qué pena, H. M., llegar a la hora de la muerte sin haber hecho nada para satisfacer a la justicia de Dios! ¡Qué desgracia haber perdido tantos medios como tuvimos cuando, al sufrir algunas miserias, si las hubiésemos aceptado por Dios, nos habrían merecido el perdón! ¡Qué desgracia haber vivido en pecado, esperando siempre librarnos de él, y morir sin haberlo hecho! Tomemos, pues, H. M., otro camino que nos será más consolador en aquel momento: cesemos de obrar mal; comencemos a llorar nuestros pecados, y suframos todo aquello que el buen Dios tenga a bien enviarnos. Que nuestra vida no sea más que una vida de pesar, de arrepentimiento por nuestros pecados y de amor a Dios, a fin de que tengamos la dicha de ir a unirnos a El por toda una eternidad. Esto es lo que os deseo.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

SOBRE LAS TENTACIONES

*Ductus est Iesus in desertum
a Spiritu Sancto, ut tentaretur
a diabelo.*

Jesús fué llevado al desierto por el Espíritu Santo para ser allí tentado por el demonio.

(S. Mat., IV, 1).

Que Jesucristo, H. M., escogiese el desierto para orar, es cosa que no ha de admirarnos, puesto que en la soledad hallaba todas sus delicias; que fuese conducido allí por el Espíritu Santo, aun debe sorprendernos menos, ya que el Hijo de Dios no podía tener otro conductor que el Espíritu Santo. Pero que sea tentado por el demonio, que sea llevado diferentes veces por ese espíritu de tinieblas, ¿quién se atrevería a creerlo, si no fuese el mismo Jesucristo quien nos lo dice por boca de San Mateo? Sin embargo, H. M., lejos de extrañarnos de ello, hemos de alegrarnos y dar gracias a nuestro buen Salvador, que quiso ser tentado para merecernos la victoria que habíamos de alcanzar en nuestras tentaciones. ¡Dichosos nosotros, H. M. ! ¡ Desde que este dulce Salvador quiso ser tentado, no tenemos más que querer salir victoriosos para vencer. Tales son, H. M., las grandes ventajas que sacamos de la tentación del Hijo de Dios.

¿Cuál es mi propósito, H. M.? Aquí lo tenéis: es mostraros: 1.º que la tentación nos es muy necesaria para ayudarnos a conocer lo que somos; 2.º que he-

mos de temer en gran manera la tentación, pues el demonio es muy fino y astuto, y por una sola tentación, si tenemos la desgracia de sucumbir, podemos precipitarnos a lo profundo del infierno; 3.º hemos de luchar valerosamente hasta el fin, ya que sólo mediante esta condición alcanzaremos el cielo.

Entretenerme ahora, H. M., en querer demostraros que existen demonios para tentarnos, parecería suponer que estoy hablando ante idólatras o paganos, o, si queréis, dirigiéndome a unos cristianos sumidos en la más miserable y crasa ignorancia; pareceríame estar yo persuadido de que nunca conocisteis el catecismo. En vuestra infancia se os preguntaba si todos los ángeles permanecieron fieles a Dios, y respondíais vosotros negativamente; una parte de ellos, en efecto, se rebelaron contra su Dios y fueron echados del cielo y arrojados al infierno. Se os preguntaba además: ¿En qué se ocupan esos ángeles rebeldes? Y contestabais vosotros, que su ocupación es la de tentar a los hombres, y desplegar todos sus esfuerzos para inducirles al mal. De todo esto tengo yo, empero, mayor copia de pruebas que vosotros. Sabéis, en efecto, que fué el demonio quien tentó a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal (1), en donde alcanzó nuestro enemigo su primera victoria, la cual, por cierto, contribuyó a hacerle más fiero y orgulloso. El demonio fué quien tentó a Caín, llevándole a matar a su hermano Abel (2). Leemos en el Antiguo Testamento (3) que el Señor dijo a Satán: «¿De dónde vienes?» «Vengo, respondió el demonio, de dar la vuelta al mundo». Prueba evidente, H. M., de que el demonio está rondando por la tierra para tentarnos. Leemos en el Evangelio que, después de haber Magdalena confesado sus

(1) Gen., III, 1.

(2) Ibid., IV, 8.

(3) Job, I, 7.

pecados a Jesucristo, salieron de su cuerpo siete demonios (1). Vemos además, en otra parte del Evangelio, que, al salir el espíritu impuro del cuerpo de un infeliz, dijo: «Volveré a entrar en él con otros demonios peores que yo» (2). No es, empero, todo esto lo que más necesitáis saber; ninguno de vosotros duda de ello; ha de resultar más provechoso haceros conocer la manera cómo el demonio puede tentaros.

Para penetrar bien la necesidad de rechazar la tentación, preguntad a los cristianos condenados cuál es la causa de hallarse en el infierno, ellos que fueron creados para el cielo: todos os responderán que fué porque, al ser tentados, sucumbieron a la tentación. Id, además, a interrogar a todos los Santos que triunfan en el cielo, qué cosa les ha procurado aquella felicidad; y os contestarán todos: es que al ser tentados, con la gracia de Dios, resistimos a la tentación y despreciamos al tentador. Pero, me dirá tal vez alguno de vosotros, ¿qué cosa es ser tentado? Amigos míos, vedlo aquí, escuchad bien y vais a verlo y comprenderlo: cuando os sentís inducidos a hacer algo prohibido por Dios, o a omitir lo que El os ordena o prescribe, es que el demonio os tienta. Dios quiere que por la mañana y por la noche practiquéis bien vuestras oraciones, arrodillados y con gran respeto. Dios quiere que empleéis santamente el domingo, dedicándolo a orar, es decir, a asistir a todas las funciones u oficios (3); que en tal día os abstengáis de toda clase de trabajos. Dios quiere que los hijos tengan un profundo respeto a sus padres y a sus madres; así como que los criados lo tengan a sus señores. Dios quiere que améis a todos,

(1) Luc., VII, 2.

(2) Ibid., VI, 26.

(3) *A todos los oficios*, es decir, a la santa Misa, según es de precepto; y a los demás oficios, como las vísperas, la oración de la noche, según es de consejo y muy provechoso para el cristiano.

que hagáis bien a todos, sin preferencia alguna (1), sin excluir ni a los mismos enemigos ; que no comáis carne los días prohibidos ; que tengáis mucha diligencia en instruiros acerca de vuestros deberes ; que perdonéis de todo corazón a los que os injuriaron. Dios quiere que no soltéis malas palabras, que no os dejéis llevar de la maledicencia, que no levantéis calumnias, que no digáis palabras torpes, que no cometáis jamás actos vergonzosos : todo esto se comprende fácilmente.

Si, a pesar de que el demonio os haya tentado a hacer lo que Dios os tiene prohibido, no lo realizáis, entonces no caéis en la tentación ; si, en cambio, lo realizáis, entonces sucumbís a la tentación. O, si queréis aún comprenderlo mejor, antes de consentir en lo que el demonio os quiere inducir a cometer, pensad si a la hora de la muerte querríais haberlo hecho, y veréis cómo vuestra conciencia clamará.

¿ Sabéis por qué, H. M., el demonio está tan ávido de llevarnos a obrar mal ? Pues, porque, no pudiendo despreciar a Dios en sí mismo, lo desprecia en sus criaturas. Pero, ¡ dichosos nosotros, H. M. ! ¡ qué ventura para nosotros tener a un Dios por modelo ! ¿ Somos pobres ? tenemos a un Dios que nace en un pesebre, recostado en un montón de paja. ¿ Somos despreciados ? Tenemos a un Dios que en ello nos lleva la delantera, que fué coronado de espinas, investido de un vil manto de escarlata, y tratado como un loco. ¿ Nos atormentan las penas y sufrimientos ? Tenemos ante nuestros ojos a un Dios cubierto de llagas, y que muere en medio de unos dolores tales que escapan a nuestra comprensión. ¿ Sufrimos persecuciones ? pues bien, H. M., ¿ cómo nos atreveremos a quejarnos, cuan-

(1) No debe tomarse esta proposición en todo su rigor. Con tal que en nuestra caridad no hagamos exclusión de los enemigos, Jesucristo no nos prohíbe tener ciertas preferencias justificadas por el parentesco o la amistad. ¿ No manifestó el mismo Salvador preferencias de afecto ante San Pedro, San Jaime y San Juan ?

do tenemos a un Dios que muere por sus propios verdugos? Finalmente ¿padecemos tentaciones del demonio? tenemos a nuestro amable Redentor que fué también tentado por el demonio, y llevado dos veces por aquel espíritu infernal; de manera, H. M., que en cualquier estado de sufrimientos, de penas o de tentaciones en que nos hallemos, tenemos siempre y en todas partes a nuestro Dios marchando delante de nosotros, y asegurándonos la victoria cuantas veces la deseamos de veras.

Mirad, H. M., lo que ha de consolar en gran manera a un cristiano: el pensar que, al sufrir una tentación, tiene la seguridad de que cuantas veces recurrirá a Dios, no ha de sucumbir a los embates del demonio.

I. — Hemos dicho que la tentación nos era necesaria para hacernos sentir nuestra pequeñez. San Agustín nos dice que debemos dar gracias a Dios, tanto de los pecados de que nos preservó como de los que tuvo la caridad de perdonarnos. Si tenemos la desgracia de caer tan frecuentemente en los lazos del demonio, es porque fiamos más en nuestros buenos propósitos y promesas que en la asistencia de Dios. Esto es muy exacto. Cuando nada nos desazona, y va todo a la medida de nuestros deseos, nos atrevemos a creer que nada ha de ser capaz de hacernos caer; olvidamos nuestra pequeñez y nuestra debilidad; hacemos las más gallardas protestas de que estamos prestos a morir antes que a dejarnos vencer. Vemos de esto un elocuente ejemplo en San Pedro, quien dijo al Señor: «Aunque todos los demás os negaren, yo no os negaré jamás» (1). Y ¡ay! el Señor, para mostrarle cuán

(1) Et si omnes scandalizati fuerint in te, ego numquam scandalizabor (Matth., XXVI, 33).

poca cosa es el hombre, abandonado a sí mismo, no tuvo necesidad de servirse de reyes, ni de príncipes, ni de armas, sino solamente de la voz de una criada que, por otra parte, parecía hablar con mucha indiferencia. Poco ha estaba él pronto a morir por su Maestro, y ahora asegura no conocerle ni saber de quién se trata; y, para mejor convencer a los circunstantes, lo atestigua con juramento. Dios mío, ¿de qué somos capaces, abandonados a nuestras solas fuerzas! Hay personas que, si hemos de creerlas, parecen hasta sentir envidia de los santos que tantas penitencias hicieron; les parece que sin dificultad podrían hacer otro tanto. Al leer la vida de ciertos mártires, afirmamos que seríamos capaces de sufrir todo aquello por Dios. Aquellas horas pronto pasaron, decimos, y viene después una eternidad de dicha. Mas ¿qué hace el Señor para enseñarnos un poco a conocernos, o mejor, para mostrar que nada somos? Pues aquí lo veréis: permite al demonio llegarse un poco más cercano a nosotros. Oíd a aquel cristiano que no ha mucho envidiaba a los solitarios que se alimentaban de hierbas y raíces, y formaba el gran propósito de tratar duramente su cuerpo; ¡ay! un ligero dolor de cabeza, la picadura de un alfiler le hacen quejarse a grito batiente; se pone frenético, exhala clamores; no ha mucho estaba presto a padecer todas las penitencias de los anacoretas, y una pequeñez le desespera. Mirad aquel otro que parece está presto a dar la vida por su Dios, y que ningún tormento es capaz de detenerle: la más leve murmuración, una calumnia, hasta un papel algo frío, una pequeña desconsideración de parte de los demás, un favor pagado con ingratitud, provocan en seguida en su ánimo sentimientos de odio, de venganza, de aversión, hasta el punto de llegar a veces a no querer ver jamás a su prójimo o a lo menos a tratarle con frialdad, con un aire que revela induda-